

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridiculos como verdaderos.

LLEGANDO el autor desta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no habia de ser creido, porque las locuras de Don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta mas allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y rezelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar á la historia un átomo de la verdad, sin dárselo nada por las objeciones que podian ponerle de mentiroso; y tuvo razon, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y así, prosiguiendo su historia, dice que, así como Don Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva, junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendicion, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera. "Anda, hijo, replicó Don Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase

della cómo te recibe, si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada, si se desasosiega y turba oyendo mi nombre, si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad; y, si está en pié, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pié, si te repite la respuesta que te diere dos ó tres veces, si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa, si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado; finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos; porque, si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que, entre los amantes, las acciones y movimientos exteriores que muestran cuando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.—Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced, señor mío, ese corazoncillo, que le debe tener ahora no mayor que una avellana; y considere que se suele decir, que *buen corazón quebranta mala ventura*, y que *donde no hay tocinos, no hay estacas*; y también se dice: *donde no se piensa, salta la liebre*: dígolo, porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, ahora, que es de día, los pienso hallar cuando menos lo piense; y, hallados, déjenme á mí con ella.—Por cierto, Sancho, dijo Don Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.” Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y Don Quijote se quedó á caballo, descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando, volviendo la cabeza, y viendo que Don Quijote no parecía, se apeó del jumento, y, sentándose al pié de un árbol, comenzó á hablar consigo mismo, y á decirse: “Sepamos ahora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algún jumento que se le haya perdido? No por cierto. Pues ¿qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y, en ella, al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. Y ¿adónde pensais hallar eso que decís, Sancho? ¿Adónde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien, y ¿de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha, que desfaca los tuertos, y da de comer al que há sed, y de beber al que há hambre. Todo eso está muy bien. Y ¿sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. Y ¿habéisla visto algún día, por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás. Y ¿paréceos que fuera acertado y bien hecho que, si los del Toboso supiesen que estais vos aquí con intencion de ir á sonsacarles sus princesas, y á desasosegarles

sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrían mucha razon cuando no considerasen que soy mandado, y que *mensajero sois, amigo, no mereceis culpa, non*. No os fieis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. ¡Vive Dios! que si os huele, que os mando mala aventura. Oxe, puto, allá darás rayo: ¡no, si no ándeme yo buscando tres piés al gato por el gusto ajeno! y mas, que así será buscar á Dulcinea por el Toboso, como á Marica por Ravena, ó al bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no.” Este soliloquio pasó consigo Sancho; y lo que sacó dél, fué que volvió á decirse: “Ahora bien, todas las cosas tienen remedio si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo, por mil señales, he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice: *dime con quién andas, decirte he quién eres*; y el otro de: *no con quién naces, sino con quién paces*. Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos, dromedarios, y las manadas de carneros, ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y, cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo mas, y de manera, que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador, de estos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura, por hacerle mal y daño.” Con esto que pensó Sancho Panza, quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde, por dar lugar á que Don Quijote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que, cuando se levantó para subir en el rucio, vió que del Toboso, hácia donde él estaba, venian tres labradoras, sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque mas se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero, como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolucion, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor Don Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quijote le vió, le dijo: “¿Qué hay, Sancho amigo? ¿podré señalar este día con piedra blanca ó con negra?—Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, por que le echen bien de ver los que le vieren.—De ese modo, replicó Don Quijote, buenas nuevas traes.—

Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene mas qué hacer vuesa merced sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que, con otras dos doncellas suyas, viene á ver á vuesa merced.—¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? dijo Don Quijote. Mira, no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.—¿Qué sacaría yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y mas, estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verá venir á la princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella, todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de mas de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y, sobre todo, vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay mas qué ver.—Hacaneas querrás decir, Sancho.—Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas; pero, vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos.—Vamos, Sancho hijo, respondió Don Quijote; y, en albricias destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo.—Á las crias me atengo, respondió Sancho; porque, de ser buenos los despojos de la primera aventura, no está muy cierto.” Ya en esto, salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió Don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y, como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las habia dejado fuera de la ciudad. “¡Cómo fuera de la ciudad! respondió: por ventura ¿tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no vé que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á medio dia?—Yo no veo, Sancho, dijo Don Quijote, sino á tres labradoras, sobre tres borricos.—¡Ahora me libre Dios del diablo! respondió Sancho; y ¿es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á vuesa merced borricos? ¡Vive el Señor! que me pele estas barbas si tal fuese verdad.—Pues yo te digo, Sancho amigo, dijo Don Quijote, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy Don Quijote, y tú Sancho Panza: á lo menos, á mí tales me parecen.—¡Calle, señor! dijo Sancho; no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca:” y, diciendo esto, se adelantó á recibir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: “¡Reina y princesa y duquesa de la hermosura! vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuesa magnífica presencia.

